

Jose Antonio de Aguirre y el problema generacional de Euskadi

In: Askoren artean: *Piarres Lafitte-ri omenaldia / Homenaje a Piarres Lafitte / Hommage à Pierre Lafitte*, Euskaltzaindia, Bilbo, Iker-2, 1983: 897-903.

Pierre Lafitte jaun agurgarriari, hainbeste gauzetan maixu izan dugunari, bihotzez.

El Lehendakari Aguirre ha sido sin duda alguna el hombre más representativo de una etapa histórica de nuestro pueblo en la que han ocurrido muchas cosas fundamentales.

Decimos "ocurrir" sabiendo que lo que ocurre es la consecuencia, el resultado, de actos que tienen unos responsables que de alguna manera, y en este caso muy supeditada, han modelado la historia que les ha tocado vivir. A esta generación que tuvo que organizar un frente nacional para improvisar un ejército de guerra a muerte contra el fascismo internacional en Euskadi el año 1936 debemos los vascos eso, la difícil decisión de luchar a pesar de todo, y del sacrificio, por la libertad; les debemos el habernos dado el primer Gobierno de Euskadi, habernos hecho nacional la bandera, habernos sembrado por primera vez la semilla institucional de la Universidad Vasca, y el habernos dado el ejemplo del que estamos viviendo, lo reconozcamos o no, nosotros y nuestros hijos.

Ahora bien, de que eso que se supo o quiso o pudo hacer de una oportunidad histórica dada esté más o menos bien, o hasta mal, porque de todo cabe pensar en la libertad, depende, no de los resultados sólo, ni de las circunstancias y el contexto y los medios con que se contó tomados separadamente, sino asumiendo la complejidad de todo ese mundo con la mejor voluntad de justicia; porque pedir al juez en que se erige el hombre a veces más que esta posibilidad de buena fe ya sería pedirle demasiado.

Uno de los obstáculos para la serenidad de este ejercicio crítico es, precisamente, la contraposición generacional.

Concedemos mucha importancia al hecho de quien se erija en este juez hipotético en que podemos retratarnos todos haya tenido diez años de edad, o veinte, o cuarenta, en el momento crucial que se trata de calificar, o que este juez haya nacido después del suceso, y a veces mucho después, porque esta circunstancia condiciona por lo menos un hecho fundamental: el de la participación, y si la ha habido, las vinculaciones de solidaridad a que obliga.

Circunstancias que inciden en la lealtad generacional

Este del enfrentamiento generacional no es, desde luego, un fenómeno exclusivo de nuestro tiempo.

El conflicto entre las generaciones que tiene su origen en una perspectiva diferente de ver qué separa a un padre de su propio hijo es tan viejo como el mundo en el camino

infinito de hacerse y deshacerse en que andan, los pueblos y las civilizaciones, y, en la escala más elemental, los hombres que nos venimos sucediendo en los hijos para vivir eternamente (eternamente, en lo físico, es un decir) situaciones históricas que son diferentes sin por eso dejar de compartir la misma historia de la civilización del hombre sobre la Tierra.

Acaso ocurra que esta disparidad de perspectiva desde la que miramos los individuos que pertenecemos a diferentes generaciones sean más fáciles de observar en nuestros días.

En primer lugar, porque la acelerada evolución (que a veces es verdaderamente revolucionaria) de los acontecimientos se produce en gran parte estimulada por el fenómeno moderno de la comunicación social que hace que afloren inmediatamente unos contrastes que en épocas anteriores sólo se hubieran dejado observar, y ya más desapasionadamente, con la perspectiva de los años; y en segundo lugar, incide también el hecho de que el individuo, y como otra consecuencia de este mismo prodigio de la comunicación de masas, está teniendo cada vez mayor acceso a los niveles de decisión, o al menos a la ilusión, colectiva de estar en situación de alcanzarlos, cuando antes se resignaba el hombre llano a una pasividad más que insolidaria, de simple espectador impotente.

Este mecanismo acelerador de los medio de comunicación social se produce por un fenómeno de asociación y acumulación de los conocimientos, y las experiencias que constituye el motor de todo progreso científico, y cultural, y el obstáculo más de temer en este tiempo del desarrollo acelerado y ya irreversible de nuestra sociedad es el que provoca la incomunicación.

Esta incomunicación se da con la complicidad de mecanismos diversos que conviene que nos esforcemos en desmontar.

1. En general, los logros socio-políticos llevan un sello de época, y a este participar de un mismo hecho en el mismo momento, esto que llamamos contemporaneidad, se le atribuye un valor del que nace a menudo esta pasión del hombre por la verdad de su tiempo, y frecuentemente es ésta la verdad que defendemos, la de nuestro tiempo sólo, olvidando que hay otras igualmente válidas y concurrentes. Así ocurre que hay verdades que entusiasman en un momento determinado y luego, con el tiempo, pierden interés, lo que debe ayudarnos a comprender que la clave de este dificultoso tiempo de transición está en la cabeza, el corazón y la voluntad inteligente del hombre de cada momento histórico.

2. a) El espíritu humano ha estado siempre sometido a las tensiones de adaptarse a la evolución que genera el hombre mismo, y, naturalmente, es la gente joven la que cuenta con mayor capacidad de adecuación, y también dispone de más tiempo, porque lo que ha acaecido en un momento histórico determinado puede tener consecuencias para todos, pero las tiene sobre todo para los que están más aquí de aquella participación, los que en este tiempo son más jóvenes y, por tanto, van a cargar con el futuro más largo de todas sus consecuencias. b) Es también natural que los jóvenes que se abren a la esperanza optimista de conquistar el mundo tengan que comenzar por descubrirlo por sí mismos, porque si los jóvenes se conformaran solamente con andar los caminos ya recorridos por sus mayores, no habría cambio, sin cambio no habría

progreso, y sin progreso no habría civilización. c) También incide en nuestro tiempo un factor que es nuevo, el de ciertos valores universales que sus antecesores no conocieron en su tiempo, porque el mundo no estaba completo entonces; ni está completo ahora, claro, por eso hay jóvenes en todos los tiempos. d) También es característica natural del joven que considere que la acción más eficaz es la directa, olvidándose de que está queriendo resolver sus diferencias como sus abuelos, organizándose en bandos opuestos.

3. Entre los jóvenes y los viejos de todos los tiempos hay quienes tienen conciencia de los problemas y luchan comprometidamente para resolverlos, mientras los demás, que son los más, se las ingenian, para sobrevivir sin comprometerse, haciéndose pasar por quienes no sienten deberes, ni, claro, sienten culpas, y viven de comer a dos carrillos de lo que consiguen los demás para asimilar como cosa natural y sin dolor los nutrientes que han elaborado dolorosamente los demás.

La "calidad" del sentimiento nacional

Uno de los puntos de divergencia inter-generacional más sensible entre los vascos es el de, llamémosle así, la calidad del sentimiento nacional.

Estamos los vascos divididos fundamentalmente en cuanto al modo de llegar a la convivencia respetuosa de las culturas nacionales en la libertad dentro de contextos político-sociales y económicos más amplios, y este modo depende, a lo que parece a algunos, de un resorte más o menos fuerte que es medible en términos de una especie de calidad del sentimiento nacional que condiciona la energía con que los vascos debemos responder a la violencia de los Estados opresores con nuestra propia violencia.

Seguramente hay más de una solución entre los extremos.

Pero, ¿cuáles son los elementos que intervienen en un momento dado para la decisión de unos que son los más audaces y de otros que son más cautos, más prudentes, ambos vascos y patriotas, a llegar a estas conclusiones del cómo que comporta algunos signos que se atribuyen a la calidad?

Hoy, y por razones de presencia y ausencia vascas, por actuaciones y por omisiones de los propios vascos, como fruto de la historia en que ha intervenido el adversario y también una parte de nuestro pueblo (y, hablando del presente, una parte que por razones de edad no es hoy la mayor), se ha engendrado un presente distinto al que tuvieron que enfrentarse los que en nuestros días ya son hombres casi cumplidos. Luego, y como fruto de los tiempos que estamos viviendo, se han agudizado en el mundo unas realidades socio-político-religiosas de trascendencia internacional en cuya crisis estamos inmersos todos debido en gran parte a la acción de los medios de comunicación social, que sí nos ha acercado unos a otros (aunque no en nuestra lengua, y éste es problema muy importante que no tenemos aquí espacio para abordar), pero este acercamiento se ha producido sobre todo en la vía de enfrentarnos; esta crisis que también nos alcanza, ha dividido el mundo, al menos, y para no salirnos del tema, en dos grandes corrientes; *la derecha*, la capitalista, que está esforzándose en renovar cuanto puede, y *la izquierda*, la socialista, que también está haciendo los mismos

esfuerzos posibilistas por rectificar en más de una dirección. Esta arbitrariedad un tanto simplista de dividir el mundo en dos, entre cristianos e infieles, creyentes y ateos, oñacinos y gamboinos, agramonteses y beamonteses, blancos y negros, comunistas y fascistas, rojos y nacionales, los que escriben euskara con *h* y los que lo hacen sin ella, es una de las tantas arbitrariedades a que ha recurrido el hombre para combatir la dificultad natural de enfrentarse a la complejidad que lleva como sello irreversible la hechura de este mundo. Este sistema de polarización globalista, maximalista, y radical, claro, el viejo maniqueísmo del bien y del mal de siempre, no sirve (aunque se intente a menudo) para agrupar separadamente a los jóvenes y a los viejos con justicia, porque hay hombres que tienen la edad madura y siguen siendo revolucionarios, aunque menos, y otros jóvenes que han nacido en un pasado anterior al de su edad y se han quedado allá lejos en el tiempo de sentarse a esperar que el mundo regrese a ellos a través del camino de sus abuelos. Pero los dos vascos, el que tiene más porvenir que pasado, y el que tiene más pasado que porvenir, el que vive de sus memorias y el que sueña en realizar la hazaña, los dos, nos encontramos inevitablemente ligados a la solución de una lucha que tiene que ver con las estructuras que ya están agotadas y los medios que exigen la búsqueda de unas metas políticas y sociales que hoy parecen más justas, un sentido crítico que envuelve la actitud radical de concebir el mundo como algo ya terminado, y al que hay que adaptarse, o el de creer que este mundo del hombre no es más que un Proyecto que debemos esforzarnos en realizar todos los días, y cada cual en su tiempo de hacer, claro. Es natural que en estas circunstancias nos diferenciamos a menudo en la elección de los caminos o en los resultados de la proyección de ese futuro que presentimos con ilusión, pero el daño está sobre todo en que nos miramos el uno al otro como enemigos; y es más terrible aún que actuemos a veces como si lo fuéramos, convirtiendo el supuesto en verdad, el temor en certeza, cuando esta verdad aparente es en el fondo una verdad muy a medias, a veces hasta mentira; porque, y aunque nos separen algunos caminos del modo, no nos distanciamos tanto en la calidad de ese objetivo común fundamental que es el de colmar la necesidad angustiosa de seguir siendo quienes somos en la libertad y en la justicia a todos los niveles socio-económicos y políticos, y si hay diferencias, lo son de segundo o tercer grado, sobre todo las que surgen al jerarquizar las prioridades en el tiempo de hacer, y no de la categoría fundamental con que los queremos vestir a menudo para tener razón radical y absoluta. Hay elementos de juicio que aunque ahora de veras parecen que nos están separando, no son sino enfrentamientos de verdades de época, y pasado cierto tiempo se llegará a la conclusión de que no siempre ha sido tan revolucionario el rebelde de hoy, y que tampoco el conservador y el "entreguista" que ve el joven en el que defiende posiciones más conservadoras lo es tanto como le parece ahora.

Lo que a los dos extremos de aquellos a quienes nos importa la vida de nuestro pueblo nos tiene que poner sobre aviso para nuestra serenidad es que, entre otras cosas que son mejores, somos también el país de los banderizos y de las guerras civiles a muerte que con la excusa de defender causas con nombres extraños al País hemos caído en la tentación repetida de matarnos entre nosotros mismos con mayor libertad de conciencia.

La dificultad de hallar un camino transitable por todos

Tenemos que esforzarnos en fijar algunos de estos puntos de reflexión.

La comprensión necesaria de los resortes que están impulsando el enfrentamiento inter-generacional debe ayudarnos a salir de este camino del fatalismo por el que parecemos andar a menudo, porque el hombre es, si quiere, razonablemente inteligente para domar algunos mecanismos que parecen fatales. Como en otras circunstancias de la vida conflictiva del hombre, aquí también se hace necesario trabajar por el equilibrio de los impulsos extremos y centrarlos en un camino que tenga futuro, y futuro útil, para nuestro pueblo. Los jóvenes no deben convertirse, claro es, en los imitadores de las generaciones que les han precedido, pero la vida de nuestras instituciones, que son los canales de andar históricamente los hombres con algún fruto, ganaría con que los jóvenes se preocupasen por conocer lo que han hecho sus padres, y de la misma manera, los que ya no lo son cosecharían beneficios para su pueblo si se acercaran a los jóvenes para comprenderlos y para esforzarse en ayudarles con la experiencia en la solución de sus problemas. Porque no hay nada más torpe que la postura de quienes dicen no interesarles el paso de donde vienen, y que hasta presumen de desconocerlo, ni hay nada más estéril que la actitud de los viejos que creen que no tienen la obligación de sufrir en el esfuerzo de alumbrar las dificultades con que tropiezan los que están comenzando su camino.

De hecho, hay gente madura que a pesar de los desaires se quedan en la actitud abierta de no alejarse demasiado de los jóvenes, y hay jóvenes que sufren las impertinencias de sus mayores sin dejar por eso de respetarlos.

Pero no hacen mayoría, desgraciadamente.

No hay que olvidar que todos, aún los que son más viejos, han sido también "jóvenes" y con la connotación de inmaduros que quieren darles, y estos jóvenes de hoy, se harán también algún día, y si alcanzan la suerte de la madurez, lo que ellos llaman desdeñosamente "viejos". Sabino de Arana también llevó barba y murió con grande y bien cumplida obra cuando sólo contaba 38 años de edad, y José Antonio de Aguirre fue nombrado Presidente de su pueblo en uno de los momentos más difíciles de su historia a los 32.

El mundo está cambiando constantemente; hay momentos de su historia en que los cambios ocurren por evolución, mediante un suceder casi imperceptible, de pequeños saltos; y en otros, a golpes de rupturas brutales. Nadie elige la época en que nace. Lo que parece cierto es que el hombre joven y en vías de formación es más apto para encajar los golpes bruscos, las transformaciones radicales, que el hombre ya formado; esta capacidad circunstancial debe responsabilizarlo más con respecto a la inadecuación que padece dolorosamente el hombre maduro. Por otro lado, éste tiene la ventaja de su mayor experiencia, de una más cultivada serenidad, y esta circunstancia le obliga moralmente a un más paciente espíritu de solidaridad.

Los vascos de todas las edades y tendencias que leamos la obra de José Antonio de Aguirre podemos aprender de su comportamiento humano y de su conducta política la hermosa lección de que supo ser, a la vez que firme en el cumplimiento del mandato que recibió de su pueblo en Guernika, tolerante en sus procedimientos. Aguirre estuvo cerca

de los que eran más jóvenes que él en el momento de la decisión sin por eso romper con aquellos que ya no lo eran en ese tiempo, y pudo así hacer compatibles las audaces y pesadas responsabilidades que exigía el momento histórico sin caer en la tentación de la prudencia timorata que era comprensible en algunos que no se sentían en la edad de asumir la actitud revolucionaria que exigía el norte de la dignidad de nuestro pueblo. Este raro equilibrio político del que sentía junto con las demás responsabilidades personales la de interpretar a su pueblo en la totalidad de su dimensión histórica, social y política es el ejemplo que proponemos a todos los vascos que nos sentimos encuadrados en cualquier tendencia y en cualquier generación, porque por encima de estas circunstancias somos fundamentalmente los vascos que seguimos defendiendo para nuestro pueblo el régimen de libertad al que dedicó su vida entera y llena el primer Lehendakari de Euskadi.

(Donibane Lohitzun-en, 1974-an idatzia, eta argitaratu gabea)